

solo momento ante los ataques mas rudos, las privaciones mas grandes y las enfermedades debidas á las condiciones climatéricas, triunfará en campo raso por su disciplina y su superioridad estratégica. Si el triunfo debe ser disputado, no es tampoco menos seguro para nosotros, y antes de poco sin duda nos anunciará el telégrafo la toma de Tetuan.

Si la guerra de Africa no tuviese mas objeto que acreditar el valor y la organizacion de nuestro ejército y poner en evidencia los recursos con que cuenta nuestra patria para hacer frente á todas las eventualidades y acometer las mas difíciles empresas; si España, al invadir sus armas el territorio marroquí, se hubiese solo propuesto añadir nuevos cantos de gloria á su magnífica epopeya, ó desmentir con hechos los insultos que la prodigaban los que creían que era una Nacion degenerada, cuyos hijos no se alimentaban ya mas que del recuerdo de grandes hechos que no podian por ellos ser imitados, deberian ya los expedicionarios regresar á sus hogares y dar por terminada una lucha en la que han resplandecido como en la que mas, la inteligencia y pericia de los jefes y la disciplina y bizarría de los soldados. Para demostrar al mundo que nuestra patria valé hoy lo que valia en sus mejores tiempos y que su postracion no podia constituir mas que períodos pasajeros, porque no puede ser permanente el abatimiento de una Nacion que no ha perdido la conciencia de su fuerza, bastan y sobran los numerosos hechos de armas que el telégrafo nos ha trasmitido desde que se inauguró la campaña. Hechos son todos de tal manera heroicos que aunque ninguno de ellos ha sido calificado de verdadera batalla, porque temiendo los españoles incurrir en ridiculas hipérboles suelen mas bien disminuir que enaltecer su propio mérito, han bastado para que en Francia se dijese de nuestros soldados que son los únicos émulos dignos de los de aquella Nacion militar por escelencia, y para que se dijese de ellos en la Gran Bretaña que han elevado ya su nombre á tanta altura como el de los combatientes de Crimea.

La prensa inglesa que al principiar las hostilidades se deshacia en injurias y denuestos contra España, ha modificado su lenguaje como puede observarse en las correspondencias que desde el campamento frente de Ceuta dirigen al *Times* de Lóndres con fecha 18 de Diciembre en elogio del ejército expedicionario de Africa. No por ser justo el juicio del corresponsal, deben ser menos agradecidos los términos galantes en que lo formula.

«Las buenas cualidades del soldado español, dice, se han pues-

to de relieve en todas las desventajosas y difíciles circunstancias que han acompañado hasta ahora esta campaña emprendida con precipitacion, en la peor estacion del año y con preparativos insuficientes. El soldado no ha faltado nunca á la disciplina, hallándose siempre obediente, satisfecho y de buen humor en medio de circunstancias que habrian sido de prueba para el mismo Mark Tapley. Satisfecho con poco y duro para la fatiga, tiene un fondo de indiferencia y buen humor que le sostiene allí donde muchos murmurarian y prorrumpirian en quejas. La embriaguez es desconocida en el campamento, y por lo tanto el crimen raro en él. Mañana hará un mes que desercó el primer cuerpo, mandado por el general Echagüe, y hasta ahora no ha habido una sola ofensa grave en el ejército, ni un Consejo de guerra, ni un soldado conducido por la Guardia civil que ejerce la policia, ni un solo alboroto, ni ninguna lucha. Mojado bajo su reducida tienda destinada á preservarle de los rayos del sol y no á librarle de la lluvia ó á resistir el viento, fatigado por las frecuentes guardias y servicio de avanzadas, escuchas de noche é improductivas escaramuzas de dia, no le ha faltado ni aliento ni jovialidad.

Coged un dia vuestra capa impermeable y dad una vuelta por el campamento, y en vez de topar con rostros macilentos en que esté estampada la tristeza ó el malestar en un dia de lluvia como el dia de hoy, vereis al contrario caras risueñas. Aquí pasa una guardia precedida de su banda que va á dar un servicio pesado, y marcha alegre como si fuese á una parada en el Prado de Madrid. Se detiene frente la tienda del General en jefe, fuera de la cual se halla parado y como indiferente á la fuerte lluvia que cae, un hombre alto, canoso, que aparece ser de unos cincuenta años de edad, cubierto con un sobretodo impermeable y cuya única prenda militar de su traje es el ros con tres pequeños entorchados de oro que indican su grado de Capitan general. Su cabeza se halla un poco inclinada hácia adelante, la expresion de su rostro es severa, sin que al mismo tiempo carezca de cierta bondad. Su semblante está algo surcado de arrugas, causadas menos por los años que por los cuidados, ansiedades, vigiliias y fatigas de una carrera activa y azarosa. Su paso es firme, y cuando, como á menudo sucede, lo precipita de repente, se vé que conserva todavía el vigor y elasticidad de la juventud. Este es Don Leopoldo O'Donnell, conde de Lucena, español, que ahora es el primer hombre de la nacion que posee el poder sancionado por una duracion de tiempo bastante rara en un ministro español, y que

ciertamente tiene el apoyo voluntario de una mayoría mas considerable de la nacion de la que ninguno de sus predecesores muchos años antes pudo contar.

El cólera ha disminuido y la salud en el campamento ha mejorado. Es de esperar que el mal tiempo no dure lo suficiente para volver á producir las enfermedades que ya casi han desaparecido. Como prueba de que han reinado enfermedades en el campo, puede citarse el hecho de haber estado fuera de servicio cuatro de los nueve ayudantes del general O Donnell. Uno de ellos, sobrino del general, lo estaba por sus heridas; pero los demas, por enfermedades.

Como el sueño está á media noche fuera de la cuestion, puedo ponerme á escribir á cualquier hora y referiré los desastres de esta tarde. El dia estaba húmedo, pero en calma: la niebla nos impedía ver á cierta distancia, y parecia una garantía contra el viento; pero no hay anuncios seguros en este inhospitalario clima de la Mauritania. Apenas habíamos conversado un poco de sobremesa y estabamos fumando nuestro cigarro y arreglando lo que habíamos de hacer despues de tomar á Tetuan, cuando oimos un mujido ronco al rededor de la tienda seguido de una ráfaga de viento que conmovió las estacas de la tienda y sacudió la lona en todas direcciones «Que viene:» fué el grito universal y nuestros comensales se echaron fuera para ver si podian salvar sus casas de tela. El viento continuó con violencia, y creimos por un momento que haría desaparecer la lluvia y que no tendríamos mas que un enemigo á quien combatir. ¡Vana esperanza! ¡Ilusion engañosa! Los dos resonaban en la mas completa armonía.

El terreno ya no prestaba apoyo á las estacas que hubieran necesitado estar enterradas á mas de la mitad de su altura. Los que las construisteis ¡ay! no contabais con destinarlas á trabajos tan duros! Caen las lonas por algunos lados y entra el agua á torrentes. Sosteneos, palos, ó quedamos enterrados debajo de estos toldos. Las tiendas se iban por todos lados; pero no se oía un grito de dolor. Era un huracán verdadero y la lluvia mas abundante que todas las *doaches* de todos los hidrópatas. Con un bufido y un golpe como una vela que se arranca de los palos, se nos viene encima un lado de la tienda, apagando las luces, rompiendo las botellas y tirándonos por el suelo. Las estacas por fin se han conservado en pié, y cuando consideramos que ha pasado lo mas furioso del trance salimos á ver qué ha sido de nuestros vecinos. Se ven en grandes apuros: aquí un general con el lodo has-

ta los tobillos está tirando de una cuerda para ver si puede levantar su caída vivienda.

A la luz opaca de las linternas, el activo gobernador del cuartel general con su escolta de guardias civiles, bien civiles y políticos por cierto, corre de un lado á otro ofreciendo socorros á todos. «¿Donde está mi tienda?» grita uno: «ha volado al monte,» le responden, «envie Vd. un parte telegráfico para saber de ella.» No se oyen mas que ocurrencias de buen humor á pesar de los desastres que todo el mundo sufre. Se calma un poco la tempestad y todo empieza á tranquilizarse: sin embargo aquello no parece todavia un vivac. Dos ó tres tiendas vuelven á colocarse en su sitio y la gente empieza á estar en sosiego; eso es una esperanza ilusoria. Vuelve el viento con nueva violencia y la lluvia con mas furia y por remate de fiesta truenos y relámpagos sin cuento. El nuevo *Café restaurant* establecido en una tienda muy capaz ha desaparecido por completo así como otras muchas tiendas. Meterse otra vez en las tiendas, si es que alguno la tiene: las estacas y algun pedazo de lona es lo que ha quedado por muestra. Todo está empapado en agua y fango. Con los mas desesperados esfuerzos se consigue levantar aquí y allí algun ángulo de tienda á que nos acojemos envueltos en nuestros abrigos impermeables: en uno de aquellos escribo estas líneas que van borradas por el agua, que despreciando el viento cae sobre nuestras cabezas.

La lluvia y el viento prosiguen su unísono tumulto y no dan señales de cansarles la broma. Están dando tormento á 35,000 hombres; pero ¿que les importa á ellos los crueles? Bienvenida será esta vez la *Diana* cuando suene el toque de aquí á cinco horas, y el transecurso de este tiempo, le tendremos muy de sobra para meditar sobre nuestras faltas pasadas y sobre la temeridad de haber emprendido la guerra á fines de noviembre.

Lunes 19 por la mañana.

No hice justicia sino á medias á la tempestad de anoche en mi anterior descripcion. La devastacion que ha causado es indescribible. Las cocinas han desaparecido por completo, los oficiales andan buscando sus cosas desparramadas por el suelo, los criados luchan contra la adversidad en busca de algo que poder presentar á sus amos en forma de desayuno. Se hallan aquí dos ó tres que han estado en Crimea y dicen que desde la tempestad del 14 de Noviembre de 1854 no han visto otra igual hasta el 18 de Noviembre de 1859. El viento cede un poco (á las 10 de la no-

che) y cesa la lluvia; pero el cielo se presenta muy cubierto. Treinta horas de una lluvia á torrentes, nueve de un huracan furioso, tempestad con truenos y relámpagos para postres: tales son las delicias del invierno al pié de Sierra Bullones. ¿Qué posibilidad hay de acampar en un país y en una estacion donde estallan semejantes tormentos sin que antes preceda alguna señal que la anuncie? Supongamos que nos hubiera cogido esto en un vivac á mitad del camino de Tetuan, podíamos haber quedado en estado de batirnos ni de marchar despues de 30 horas como estas?

Hay algunos tiros en el monte. Los *moritos* no se han dejado abatir sin duda por la lluvia. El viento vuelve á arreciar y amenaza otra tormenta.

Está demostrado que los kabilas limitrofes á Ceuta no habian de dejar en paz á nuestros soldados. Tribus nómadas, acostumbradas á la vida de los campos, compuestas de hombres sóbrios que desde la mas tierna edad se acostumbran al manejo de las armas, no cambian sus adulescoloridos jaiques ó mantos, sus toscos aduares, sus pobres tiendas, por los caprichos del lujo, por los palacios, obra del arte, exigencias de la civilizacion, que no trabajan mas que lo preciso para adquirir una mujer y una espingarda, encargando á la primera, despues del cuidado de la choza de la pequeña labranza y recolección, y abrazándose con amor á la segunda para dedicarse á la caza y á la guerra, para pasearse por sus solitarias montañas como reyes de los bosques.

Esos hombres al cabo de cierto número de años deben tener tan conocida su arma predilecta y saber tan á fondo sus propiedades, que su disparo, sobre todo cuando pueden hacerlo con la espingarda apoyada, ha de causar daño indispensablemente. Además, para el que tiene serenidad y calma, la espingarda es arma excelente, pues la longitud del cañon, el peso proporcionado de la culata y su buen equilibrio hacen que cuando se apunta no haga el mas ligero movimiento.

Tal es el carácter de aquellos belicosos montañeses, tan ásperos como sus dominios, tan fuertes como sus rocas. Enjutos y tostados, de fisonomía resuelta y franca, de facciones pronunciadas, de vigorosa musculatura, astutos como sus serpientes, implacables como sus tigres.

Con estos enemigos, como puede comprenderse muy bien, no puede haber campo seguro, ni puesto avanzado en descuido, ni ejército falto de bravura y precauciones. En ninguna parte se

les vé y en todas se hallan; cuatro disparos, una hoguera encendida en las cumbres de sus montes, bastan para reunir una kabila instantáneamente, porque el árabe montañés que duerme mas cerca de sus armas que de su mujer, á todas horas está dispuesto á pelear. Hé aquí esplicada la sorpresa que intentaron en la accion del 12 de diciembre y que tan cara les costó.

La kabila de Benzú que veia pesarosa ondear en sus alturas la bandera española, reunió en la mañana de dicho dia á la sombra de su pendon verde y amarillo á los montaraces que la forman, y avanzando al boquete de Anghera hizo los disparos de llamada. Su poderosa tribu que acampa en chozas y tiendas á la falda meridional de Sierra Bullones, accedió con presteza á la señal, adelantó su rojo estandarte, y despues que los de Benzú le saludaron, rindiendo sus espingardas, por que entre estos creyentes de Mahoma la ley es la fuerza y la nobleza la superioridad física, se unió á ellos y combinaron el plan de ataque. Estas hordas aunque indisciplinadas, tienen su táctica tradicional, sus movimientos para no ser cortados principalmente sus falsas retiradas, sus consejos, y ordenan sus ataques, aunque despues el éxito del combate se confie al valor personal y á los recursos estratégicos de cada uno ó de cada peloton aislado.

Asi fué que ordenadas sus fuerzas, atacaron al amanecer con tal furia, que en los primeros momentos hasta los ayudantes del denodado general Zabala tuvieron que pelear como soldados y cargar con las compañías á la bayoneta. El conde de Corres, el marques de Ahumada, que cayó herido en el cuello al lado del general, y que bajó despues á Ceuta por su pie y fumando, el arrojado teniente D. Manuel Jimenez que cayó atravesado en un muslo, el coronel Adanesi, los jefes de los distintos cuerpos, los de estado mayor; todos fueron españoles en aquel gran certamen de honra nacional, y no sin justicia decia el general, que vive de milagro, despues de terminada la accion: *Estoy orgulloso de mis ayudantes: Estoy contentísimo de mis soldados.* Creemos deber consignar este hecho de armas como uno de nuestros mas brillantes y menos costosos triunfos de la campaña de Africa; dia vendrá en que ocupe una hermosa página en el libro de nuestras modernas glorias militares.

Continuaban los trabajos en el camino que se abria en direccion á Tetuan. El cuerpo de ejército del general Prim habia salido el dia anterior á las siete y media de la mañana á protegerlos, y no bien lo hubo verificado, un grupo de moros, situado á

manera de avanzada ó vigia en los Castillejos, observó la salida de las tropas, cuando dispersándose, treparon unos por las enmarañadas colinas en direccion á Sierra Ximera y Sierra Bullones, y otros hácia el Cabo Negro, oscuro promontorio que defiende de las observaciones del Hacho á la desembocadura del Guadalajara al valle de Tetuan.

Desde este punto hasta el campamento, hay una especie de campiña, aunque bastante quebrada por los barrancos que la cruzan y las pequeñas colinas cubiertas unas de monte bajo y palmitos, y otras de árboles pequeños más ó menos frondosos y robustos.

En la parte mas baja y en las quebradas del terreno y en los surcos, formados por las vertientes de las sierras Ximera y Bullones, crecen la adelfa y el madroño, algun rosal silvestre y algunas cañas. Hácia el centro de este valle está la casita almenada que llaman el primer Castillejo, y cerca de ella otra casita algo ruinosas, conocida con el nombre del Akrabito, hogar un dia de un guerrero africano cuyos hechos contaban los viejos en las veladas de los aduares.

Próximo á estas casitas, hácia la parte del campo español, está el barranco denominado de Tramaguera, distante del Otero como dos leguas corras, é inmediato tambien á este, y hácia la parte de la playa dos pequeñas ensenadas y un grupo de colinas que llaman la punta de las Barreras.

Bosquejados ligeramente los sitios que fueron teatro de la reñida accion del 12 de diciembre, vamos á reseñar las operaciones y movimientos de las tropas.

A eso de las diez, las kabilas de Anghera y Negron, precedidas de sus banderas roja y verde, que llevaban los santones, segun costumbre, se encontraron entre el primero y segundo Castillejo.

Saludó la primera, como mas débil, á la segunda, y las dos á los moros de Rey que se les unieron, estendiéndose en seguida desde una ensenada al declive del montecillo del Castillejo, en direccion á las sierras antes citadas, en cuyas sinuosidades tiene el enemigo sus campamentos, sirviéndose de sus bosques como trincheras ó puestos de caza en la clase de guerra que hacen.

Dejaron pasar, una vez situados, la vanguardia de nuestro ejército, pues al parecer, su objeto fué cortar por el centro la division ó envolverla por la derecha para difundir la alarma é incomunicar las fuerzas.

Como las cañoneras estaban en bahia con los vapores costeros y los brazos de mar se habian empleado todos en el desembarque del tercer cuerpo de ejército, llegado á Ceuta en el mejor estado, á las siete de la mañana del mismo dia, la kabila de Negron pudo apoyarse en la plaza para todos sus movimientos.

A eso de las once, la vanguardia española rompió el fuego, que apenas contestó el enemigo; pero pocos momentos despues, su caballeria, en número de unos cuatrocientos caballos, intentó una carga, segun su táctica; pero el valiente batallon cazadores de Vergara formó el cuadro inmediatamente, y los ginetes moros se contentaron con disparar sus escopetas y volvieron grupas para ponerse fuera de tiro.

La artilleria del campo y la del rediente ó reducto de Tetuan, se encargaron de ayudarles en la retirada con algunos proyectiles huecos.

La infanteria hizo entonces un brusco movimiento sobre la derecha de la columna, en tanto que algunas guerrillas llamaban la atencion hácia la izquierda. Pero el jefe de Reus tenia sus fuerzas tan estratégicamente escalonadas, que por todos lados se vieron envueltos, y de todas partes salian descargas cerradas de compañías enteras.

Casi simultánea á este ataque sobre la derecha fué una segunda carga de caballeria al centro. El mismo batallon de cazadores de Vergara recibió al enemigo, y con el mismo acierto y bravura lo rechazó. Pero despues de la caballeria, avanzó la infanteria en pelotones de ocho y diez hombres, arrastrándose por el suelo, escondiéndose tras las matas, y avanzando de parapeto en parapeto, con la intencion decidida de cortar el centro de la columna.

Los batallones de Almansa, cuyos soldados llevan todos una medalla de plata, regaladas por el clero de Santander, de Granada, Cuenca, Luchana y otros que no recordamos, sostuvieron denodadamente estos ataques, hasta que de pronto el general fingió una retirada, haciendo la señal para ella.

Ver el enemigo el movimiento de nuestras tropas y precipitarse tras ellas, fué cosa de un momento. Pero no bien el general los trajo al punto que deseaba, cuando poniéndose al frente de su cuartel general y su pequeña escolta, y seguido de los bravos soldados de Luchana cargó denodadamente sobre el enemigo, que no pudiendo contener el empuje, y conociendo tarde su engaño, trepaba por sus fragosas lo mas despavorido y ayudado en la fuga por los disparos del rediente.